

Vida de Esopo

Libro del filósofo Janto y de su esclavo Esopo,
sobre las andanzas de Esopo





Prefacio

Cuando Carlos Baonza me sugirió la idea de ilustrar, con su formidable y nutrida colección de grabados, mi edición castellana (Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1978) de esta deliciosa obrita a partir de su original griego, sentí una gran alegría, pues, entre bromas y veras, creo que con semejante iniciativa,* que ahora —al fin— ve la luz, se retoma la difusión ilustrada de una de las piezas más populares en el mundo antiguo y que estuvieron más en boga al final de la Edad Media.

La tradición del texto sobre la vida y peripecias de este revoltoso y simpático personaje, mitad bufón, mitad sabio consejero moralizante, es muy complicada y constituye ya de por sí una novela en la historia de la transmisión de los textos. Pero lo cierto es que esta versión griega, cuya traducción española ofrecemos aquí, corresponde a un viejísimo manuscrito bizantino (de entre los siglos x y xi) procedente del sur de Italia y descubierto en la biblioteca neoyorquina Pierpont Morgan en 1929.** Mi traducción de la *Vida de Esopo* apareció junto con las *Fábulas de Esopo* en el ya lejano 1978.*** El texto completaba y superaba otros que venían de una tradición diferente. Estamos ante una novelita auténticamente picaresca y de aventuras, com-

* En su día, esta edición ilustrada con grabados de Baonza se pensó para su publicación, por entregas, en los *Cuadernos de la Lechuza*, revista literaria y artística de la Asociación Cultural Hispano-Helénica de la que, intermitentemente, aparecieron siete números (entre 1986-1994). Pero los *Cuadernos* dejaron de publicarse. Sin embargo, Carlos siguió trabajando sobre el *Esopo* con el tesón y la creatividad que le son propios. Por mi parte, la traducción ha sido revisada íntegramente. Al fin, gracias al entusiasmo de Julián Lacalle, esta *Vida de Esopo* ilustrada ve la luz en Pepitas.

** El manuscrito G, procedente del monasterio de Grottaferrata.

*** En la Biblioteca Clásica Gredos, n.º 6.

puesta de cuadros o episodios aparentemente independientes que giran en torno a diversos temas. Ahora, tras cuarenta y cuatro años, el texto requería necesariamente una profunda revisión que tuviera en cuenta los avances y las correcciones relativos a la crítica textual del original griego del manuscrito. La versión española que aquí aparece es, así, el resultado de una revisión exhaustiva, no exenta de algunas imprescindibles correcciones. La idea de Carlos Baonza para la ilustración de los episodios de la *Vida de Esopo* fue anterior a la de editar conjuntamente la obra con los grabados en linóleo. Baonza tomó, lógicamente, fragmentos del texto de mi traducción en la Biblioteca Clásica Gredos. Con posterioridad, cuando se planteó hacer la presente edición, Baonza, el editor y yo decidimos que era menester presentar los grabados acompañados de una traducción revisada y actualizada de la *Vida*.

Aunque el enanito burlón que es la figura de Esopo se relaciona con todo tipo de personajes, bien compañeros de esclavitud, bien con diversos amos, con reyes o con pueblos enteros, todas las historietas casi siempre vienen a guardar alguna relación con su contratipo Janto, un filósofo gárrulo y pedante que constantemente queda chasqueado por su estupidez recubierta de una huera fachada.

Los posibles orígenes de la *Vida* son tan complejos y oscuros como los de su inmortal legado: las fábulas. Se encuentran así en este «cómico» griego restos e influjos de mil corrientes orientales que el genio griego supo asimilar, refundir y desarrollar con una enorme originalidad aglutinando toda esa tradición de moral popular en ese personaje que es Esopo.

En el Occidente tardomedieval las traducciones latinas de colecciones de fábulas esópicas y de la *Vida* fueron numerosas y pronto pasaron al romance. De ese modo no es extraño que el primer incunable de la literatura griega haya sido la edición que Bono Accursio imprimió en Milán en 1478. Otras versiones se difundieron enseguida por Europa y la primera que se imprimió en España fue *La vida del Ysopet con sus fabulas hystoriadas*, espléndido incunable salido de las prensas del alemán Johan Hurus en Zaragoza (1489). Este volumen con fabulosas xilografías parece que fue un libro muy querido de la Reina Católica, de cuya biblioteca proceden los dos ejemplares que se conservan. Siguieron después muchas ediciones, en Sevilla, en Valencia, etc. Algunas, anteriores a nuestro Lazarillo.

Parecen indudables las relaciones entre el pícaro de nuevo tipo que se alumbró en nuestra literatura a principios del siglo XVI y Esopo. Así, la oposición amo (tonto y cruel)/siervo (feo y listo) es común, y no digamos la semejanza de aventuras concretas. Como por ejemplo el tema de los amoríos

del esclavo negro y feo con la mujer del amo, que trae inmediatamente a la memoria la relación de la madre de Lazarillo con un caballero negro. Los distintos amos de Lazarillo, como el fraile y el cura, no son sino versiones actualizadas de la figura del filósofo griego que demuestra ser más ignorante que el criado. Tipos como el escudero, el aguacil, son a la postre correlatos del soldado fanfarrón del mundo antiguo. Hasta en el nombre de nuestro Sancho (en el fondo un filósofo chapucero y de andar por casa, pero muy agudo) quedan algunos ecos del latino *Sanctus*, adaptación en las versiones latinas de la *Vida* del nombre, en latín, del amo de Esopo, *Xanthos*, Janto en español.

Basta, en fin, de erudiciones; lo que ahora interesa es que los lectores se diviertan y —por qué no— también aprendan de las andanzas y tribulaciones ilustradas de este pobre diablo de cuerpo feo, con un corazón de oro y de aguda inteligencia.

Pedro Bádenas de la Peña







I El utilísimo Esopo, el fabulista, por culpa del destino era esclavo; por su linaje, frigio, de Frigia; de imagen desagradable, inútil para el trabajo, tripudo, cabezón, chato, tartaja, negro, canijo, zancajoso, bracicorto, bizco, bigotudo, una ruina manifiesta. El mayor defecto que tenía, aparte de su fealdad, era su imposibilidad para hablar; además, era desdentado y no podía articular.



2 Su amo, que lo tenía siempre en silencio y sin hacer nada en su casa de la ciudad, lo mandó al campo... y uno de sus compañeros de esclavitud, viendo a otro triste, le dijo:

—Compañero, sé lo que estás pensando: quieres comer higos.

—Sí, por Zeus —respondió—, ¿cómo lo sabes?

—Por tu forma de mirar intuyo tu deseo. Así que voy a contarte cómo nos los comeremos los dos.

—Pues no es buena idea —dijo el otro—, porque cuando venga el amo a buscar higos y no podamos dárselos, ¿qué pasará?

—Dile que Esopo encontró por casualidad abierto el almacén, irrumpió en él y se comió los higos. Así, como Esopo no puede hablar, será castigado y tú habrás satisfecho plenamente tu deseo.

Dicho esto se sentaron en torno a los higos y se los comieron mientras decían:

—¡Ay de Esopo! De verdad, este no tiene remedio y nada le viene mejor que el que le peguen. Así que, por una vez, pongámonos de acuerdo y todo lo que se pueda romper, estropear o caer al suelo, digamos que lo ha hecho Esopo y nos evitaremos problemas en adelante.

Y así se comieron los higos.



3 A la hora de costumbre, al amo, después de tomar su baño y desayunar, le entraron ganas de higos; fue a buscarlos y dijo:

—Agatopo, dame higos.

Al ver el amo que este se lo tomaba a risa, se molestó; y cuando supo que Esopo se había comido los higos, dijo:

—Que uno de vosotros llame a Esopo.

Cuando trajeron a Esopo, el amo le dijo:

—¡Maldito! ¡Cómo me ofendes! O sea, ¿que te has metido en el almacén y te has comido mis higos?

Esopo lo escuchó y, como no podía hablar por el obstáculo de su lengua, clavó la vista en sus acusadores, que allí estaban presentes. Cuando estaba a punto de que lo azotaran, se lanzó a las rodillas del amo implorando que se contuviera un poco. El amo aguardó.

Esopo, al ver que al lado había un cántaro, lo agarró y, por señas, pidió agua tibia y, luego de meter un cazo dentro, bebió el agua, que estaba caldorra, se metió los dedos en la boca y, dándole arcadas, vomitó el agua que había bebido pero nada más, pues no había comido absolutamente nada. Después de probar su inocencia con esta argucia, reclamó que sus compañeros hicieran lo mismo que él para saber quién se había comido los higos. Asombrado el amo por la ocurrencia de Esopo, mandó que los otros, después de beber, vomitaran.

Los esclavos entonces se dijeron:

—Maldita sea, ¿qué vamos a hacer? Bebamos y no nos metamos los dedos del todo, sino solo los nudillos.



Pero en cuanto bebieron el agua tibia, que está asquerosa, los higos salieron a relucir al sacarse los dedos de la boca.

El amo entonces dijo:

—¿Pero no veis que habéis acusado en falso a uno que no puede hablar?
¡Desnúdalos, Esopo!

Así se llevaron una buena zurra. Aprendieron de verdad que quien trama un mal contra otro no se da cuenta de que se lo está haciendo a sí mismo.





4 De este modo pagaron su delito quienes hicieron daño a alguien que no podía hablar.

Se encontraba Esopo cavando en el campo cuando casualmente una acólita de Isis, que andaba extraviada por el camino real, entró en él sin darse cuenta y fue a encontrarse con Esopo. Al verle haciendo una tarea tan penosa y sin saber la desgracia que acarrearía, dijo:

—¡Eh, hombre! Compadécete de mí y enséñame el camino que lleva a la ciudad, que me he perdido.

Esopo se volvió y cuando vio delante la figura humana de la diosa, como era piadoso, se prosternó y empezó a hacer señas con la cabeza, como queriendo decir: «¿Por qué has abandonado el camino real y te has metido en esta finca?».

Esta se dio cuenta de que oía, pero que no podía hablar; empezó a asentir con la cabeza y dijo:

—No soy de aquí; como ves, soy una sacerdotisa. Te pido que me enseñes el camino porque me he perdido y lo desconozco.

Dejó Esopo la azada con que estaba cavando, tomó a la joven de la mano, la llevó a la arboleda y le ofreció pan y aceitunas de su zurrón; cortó también unas verduras silvestres, se las trajo y la invitó a comer. Ella comió. Luego la llevó a una fuente y se la mostró por si quería beber. Una vez que hubo comido y bebido, la mujer le deseó lo mejor a Esopo. De nuevo le rogó con la cabeza que le hiciera un último favor y le mostrara el camino. Esopo la condujo al camino principal, por donde pasan los carros, y una vez se lo hubo enseñado se marchó y volvió a dedicarse a su tarea.

Apuntes para la Vita Aesopi

Carlos Baonza, 2017





Índice

Prefacio, 7

Vida de Esopo, 11

Cuaderno de apuntes, 159

